



GRAN MAGISTERIO – VATICANO
ORDEN ECUESTRE DEL SANTO SEPULCRO
DE JERUSALÉN

Al servicio de las piedras vivas en Tierra Santa

La vida parroquial en Tierra Santa durante la pandemia

Testimonios de los sacerdotes de Tierra Santa ayudados por el «Fondo de Ayuda Humanitaria Covid-19»



El pasado mes de octubre, al final de su misión como Administrador Apostólico, Mons. Pizzaballa calificó los esfuerzos realizados por las Damas y Caballeros de la Orden del Santo Sepulcro en favor de Tierra Santa como «un signo concreto y tangible de la Providencia divina».

Unos días antes, durante una entrevista en el Palazzo della Rovere, Mons. Pizzaballa renovó su agradecimiento a la Orden por la excepcional acogida que tuvo el llamamiento lanzado por el Patriarcado latino en la primavera de 2020, en el momento más crítico de la pandemia. Efectivamente, este llamamiento tuvo un eco «inesperado, mucho más allá de las expectativas».

Se pedía ayuda para las familias necesitadas de las escuelas del Patriarcado latino en Jordania y Palestina: la respuesta fue un éxito de solidaridad, con la participación de decenas de miles de miembros de la Orden en todo el mundo, y una recaudación de unos tres millones de euros.

Las generosas cantidades enviadas a Tierra Santa han sido ampliamente distribuidas por el Patriarcado latino a más de treinta parroquias de Palestina y Jordania, ayudando a limitar, al menos en parte, la gravísima crisis económica que ha afectado a las familias más necesitadas. En total, se ayudó a unos 2.400 hogares en el territorio de la diócesis.

Todas las situaciones que nos relatan los sacerdotes revelan una dinámica desalentadora. Además de la emergencia sanitaria, un largo toque de queda que se ha prolongado, ha impedido a muchas personas ir a trabajar. La situación de crisis se agravó aún fronteras, hasta el punto de que todo el sector turístico y sus derivaciones económicas quedaron completamente aniquilados, penalizando especialmente a lugares turísticos como Belén.

El P. Rami Asakrieh, párroco de Santa Catalina (parroquia católica situada en el complejo de la basílica de la Natividad), nos describe una situación angustiosa para Belén, una ciudad que vive del turismo de las peregrinaciones. Cuando llegó el coronavirus, todo se detuvo: hoteles, restaurantes, tiendas de recuerdos. Esto llevó al cierre de los puestos de control, lo que penalizó a todos los trabajadores de la frontera con Israel, que se quedaron sin trabajo y, por tanto, sin sueldo. Las familias vivieron durante algún tiempo de sus ahorros y luego de los fondos disponibles de Cáritas parroquial, que se agotaron enseguida. «Hemos recibido cientos de llamadas telefónicas de familias privadas de las necesidades básicas, de personas que han perdido su trabajo. [...] En los momentos más oscuros, precisamente cuando ya no teníamos recursos, llegó el apoyo providencial de los Caballeros de la Orden del Santo Sepulcro a través del Patriarcado latino». Gracias a esta ayuda, se cubrieron las necesidades de la comunidad durante unos dos meses, apoyando a los que estaban en casa y no tenían nada: «madres sin leche para sus hijos, ancianos solos en sus casas sin nadie que les llevara las medicinas, familias sin nada que comer y a las que se les proporcionó comida».

El llamamiento lanzado por el Patriarcado la primavera pasada, seguido por el del cardenal Filoni, puso de relieve la importancia de la presencia institucional de la Iglesia en el territorio; una presencia «capaz de aportar una notable contribución, especialmente en los ámbitos de la educación, la salud y los servicios sociales». El primer y más importante eje es, sin duda, la escuela, lugar de inclusión y diálogo, pero también una estructura que, en este periodo, ha pagado el precio más alto. La emergencia sanitaria y económica impidió a muchas familias pagar las cuotas escolares, lo que repercutió negativamente en el flujo de liquidez de las instituciones y, en consecuencia, en el pago de los salarios del personal.

Para evitar la parálisis y garantizar la continuidad pedagógica hasta el final del curso escolar, el director general de las escuelas del Patriarcado, el P. Jamal Khader, presentó un plan de reparto de tareas y responsabilidades en el que participan la administración general, los directores, los profesores, los padres y los alumnos de las escuelas. Al mismo tiempo, el Patriarcado latino creó un comité de emergencia para hacer frente a las consecuencias de la pandemia. Los salarios no se pagaron en su totalidad durante dos meses, pero los puestos de trabajo se siguieron salvando y se garantizaron los salarios.

Todo ello ha sido posible gracias a la inestimable ayuda de los Caballeros y Damas de la Orden del Santo Sepulcro, que «han demostrado una vez más que no solo son un verdadero apoyo para el Patriarcado de Jerusalén, sino que también son amigos con los que se puede contar en tiempos difíciles », informa el padre Jamal, también párroco de la Iglesia de la Sagrada Familia de Ramallah. Su comunidad parroquial ha sufrido mucho la crisis, pero «la Iglesia ha estado cerca de la comunidad», atendiendo sus necesidades básicas, desde la alimentación hasta la salud. «La solidaridad entre los fieles y el apoyo de la Orden Equestre del Santo Sepulcro de Jerusalén nos mostraron lo que realmente significa ser la Iglesia, en comunión unos con otros, un solo cuerpo en Cristo».

La situación en Jordania no ha sido mucho mejor. Aquí la pandemia ha golpeado duramente a la población, incluida la minoría cristiana. Sin embargo, el cierre de las iglesias durante tres largos meses no debilitó el espíritu de solidaridad que se manifestó en la constante preocupación por responder a las necesidades de los más débiles.

En Al Zarka, un pueblo muy pobre situado a 30 km al este de Ammán, esta situación de emergencia es vista como una oportunidad por sor Carmela, una de las cuatro hermanas de Santa Dorotea que ayudan al P. Eyad Bader en la vida parroquial: «Podemos interpretar lo que estamos viviendo como un signo que el Señor nos envía para permitirnos ayudar más, estar más cerca de la gente y conocernos». Durante estos meses, en esta realidad de 600 familias cristianas, nunca ha faltado ayuda, ni siquiera apoyo moral: «A menudo, los que llamaban a nuestra puerta eran personas que simplemente necesitaban ser escuchadas, ¡y nosotros hacíamos el apostolado de escucharlas!».

Como «un hospital de campaña» – nos dice el párroco, «Abouna» Eyad – la iglesia de Al Zarka ha respondido a todo tipo de necesidades, gracias al pago por parte del Patriarcado, y por tanto de la Orden, de unos 10.000 euros para proporcionar alimentos, medicinas o pagar facturas, así como de unos 40.000 euros para gastos escolares, lo que ha permitido apoyar a familias y profesores.

La valiosa ayuda de los Caballeros también llegó a la parroquia del Cristo Rey en Ammán, que, incluso antes de la crisis, proporcionaba regularmente apoyo financiero a sesenta familias. Con la crisis debida a Covid-19, la situación empeoró, por lo que solo con la ayuda de la Orden la parroquia consiguió salir indemne. En primer lugar, se distribuyeron 6.640 dólares jordanos en cuotas a ciento diez familias. El párroco, el P. Marwan Hassan, desarrolló un original dispositivo para que los recursos recibidos alimentaran un circuito virtuoso en el territorio: tras ponerse de acuerdo con los propietarios de los comercios con más dificultades, convirtió el dinero en cupones que se utilizarían para comprar en esos mismos comercios. «Estos cupones nos permitieron apoyar también a los empresarios pobres, ayudando a los que más lo necesitaban », dijo el padre Marwan, antes de continuar: «con esta solución, pudimos ayudar a estas familias a vivir con dignidad, permitiéndoles elegir libremente lo que querían comprar, en lugar de obligarles a aceptar lo que estaba disponible», haciendo referencia a la práctica de distribuir paquetes de alimentos. Dos meses después, llegaron otros 2.240 dólares jordanos que se distribuyeron de la misma manera durante un mes a cincuenta y nueve familias. «No se pueden imaginar cuánto y hasta qué punto estas aportaciones de los Caballeros han ayudado a estas pobres familias », concluyó.

El P. Firas Aridah, párroco de Aboud (Jordania) también nos habla de la dignidad. En esta región la tasa de desempleo ha aumentado exponencialmente durante la crisis relacionada con la pandemia. Durante los primeros meses su parroquia resistió, pero con el paso del tiempo la situación se deterioró. «Gracias al apoyo del Patriarcado, hemos conseguido garantizar la ayuda para todos, cada día, para necesidades cada vez mayores». Entre las necesidades más diversas, nos habla de los gastos sanitarios ofrecidos a la familia de un niño enfermo de osteosarcoma: «Gracias a esta aportación, hemos podido evitar que le corten las piernas», nos dice.

Estar en el desempleo no solo significa perder la fuente de ingresos, sino también sufrir la inactividad. Por ello, la parroquia no solo ha repartido productos de primera necesidad, sino también, en la medida de lo posible, oportunidades: «hemos propuesto a dos personas que vengan a ayudar a las hermanas a limpiar la iglesia dos veces al mes, dándoles así la oportunidad de volver a trabajar, realizando tareas, y de recuperar su dignidad».

Filippo di Grazia

(primavera 2021)